

## Ágape y sistemas sociales

de Gennaro Iorio, Gennaro Cicchese, Gerard Rossé, Joseph Sievers y otros, publicado en febrero 2021 por la Editorial Ciudad Nueva.

ANTONIO PANEQUE SOSA

*Agápe* es un término griego que describe un tipo de amor incondicional y reflexivo, en que el amante tiene en cuenta de forma primordial el bien del ser amado, en contraste con *philos* (que connota más bien la idea de amistad o amor de hermandad) y *eros* (que pone el acento en los afectos de naturaleza sexual). En la filosofía griega se hacía uso del vocablo en ocasiones para designar un amor universal, entendido como amor a la verdad o a la humanidad en su conjunto, por contraposición a un amor restringido al ámbito de las relaciones interpersonales.

Si bien el término no tiene necesariamente una connotación religiosa, fue usado ampliamente en la Biblia, de forma particular en el Evangelio de Juan, tanto en la forma del verbo *agapao*, «amar», como del sustantivo *ágape*, «amor, caridad». Con esta familia lexical los primeros cristianos hacían referencia al amor de Dios para con la humanidad («Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree no se pierda, sino que tenga vida eterna», Juan, 3,16), así como al amor de entrega generosa que cada ser humano debía nutrir hacia los demás, a modo de respuesta.

Por extensión, en los primeros tiempos del cristianismo *ágape* significaba también una comida en común, un convite de caridad que celebraban entre sí los primeros cristianos en sus asambleas, a fin de estrechar la concordia y la unión entre los miembros de un mismo cuerpo. Con este banquete comunitario deseaban reflejar el amor de Dios que a todos congregaba en unidad. Y es este el significado que de algún modo ha conservado en la actualidad. Ágape refle-

jabá, por consiguiente, una determinada modalidad de amor que alcanzó su desarrollo en la tradición cristiana a partir de las enseñanzas de Jesús.

Sobre este trasfondo, y desde la constatación manifiesta de encontrarnos sumidos en un modelo de convivencia social dañado y maltrecho debido al alejamiento y la indiferencia recíproca entre las personas, el volumen «Ágape y sistemas sociales» sugiere que una puesta al día y una profundización adecuada de este concepto posee la virtualidad de transmitir al mundo de hoy un mensaje poderoso en forma de propuesta vital alternativa. Se trata de alzar la voz para alentar del grave riesgo que corre la humanidad de perder de vista el valor inestimable de la gratuidad como clave para una convivencia realmente humana.

El libro es fruto de la participación de un buen número de actores y autores, que dan voz a trasfondos culturales y estilos de vida plurales, todos ellos movidos –en cualquier caso– por el único anhelo de rescatar a toda costa la centralidad del ágape a nivel epistemológico y experiencial, contemplado en su valencia de amor incondicional a los demás.

La obra está dividida en varias partes. En un primer momento, con un cariz teórico y a modo de fundamento, se afronta el argumento bajo una perspectiva sociológica y desde el punto de vista del análisis de textos. Se subraya la necesidad de abrirse a todos aquellos instrumentos que puedan concurrir a un conocimiento integral y objetivo de lo que significa ágape. Se ofrecen entonces elementos para una definición sociológica del actuar agápico, y se muestra el potencial de lo que un paradigma agápico puede ofrecer en la aplicación de políticas sociales inclusivas y participativas. Analizando un texto clásico de la sociología, se enfatiza después cómo un ángulo nuevo de visión es capaz de sacar a la luz resonancias y significados inéditos en un texto ya conocido. Y se indaga sobre soluciones y propuestas sociales a la luz de un enfoque agápico, por medio del estudio de un caso específico, en este caso, el ingente fenómeno contemporáneo de la migración de los pueblos.

A renglón seguido, dando un paso hacia adelante la obra analiza, desde una perspectiva exegética de los textos evangélicos y desde su estrecha conexión (y desemejanzas) con el pensamiento judío y musulmán, cómo el amor agápico atrae la presencia de Dios entre los seres humanos y abre horizontes novedosos e insospechados de fraternidad. Unido a Cristo, fuente del ágape, cada creyente –y no solo una élite–, se nos dice, está llamado a vivir como normal una experiencia extraordinaria de Dios en el curso de su existencia, y no

solo al final de un largo camino ascético. En este punto, surge la brecha entre el cristiano que hace una opción clara de vida y el cristiano de nombre, que se conforma con unos pocos principios de moral y práctica religiosa.

Por último, el recorrido concluye con un refrescante y motivador artículo en torno a la influencia recíproca de la literatura cristiana y la literatura clásica profana. Aun en sus diferencias, ensancha el alma constatar el papel nuclear del amor como razón del vivir en ambos casos, un vivir impregnado de alegría y significado. Un amor que da sentido a la existencia diaria de cada persona en cada momento de la vida. Amar como expresión y manifestación del ser que vive, no simplemente que se mantiene en vida a duras penas.

A lo largo de la lectura, a medida que avanzamos en la reflexión de lo que significa el ágape, se va abriendo paso la certidumbre de que el ser humano es constitutivamente relacional, adicionalmente –claro está– a su intrínseco ser racional, pero, sobre todo, se ve reforzada la convicción de la importancia determinante que en dichas relaciones adquiere la cualidad agápica. El ágape, en efecto, cualifica de forma decisiva el carácter relacional de las personas.

Desde la atalaya particular de la ciencia sociológica, la obra despliega un enfoque particular que –lejos de quedar reducido a mera elaboración abstracta– representa la cristalización de variopintas experiencias de avanzada frontera, y pone de relieve hasta qué punto las relaciones de carácter agápico pueden llegar a constituir el motor de profundas transformaciones antropológicas, culturales y sociales. Si se constata que un amor de semejante magnitud, con todo aquello que es capaz de suscitar (superación de conflictos, armonía relacional, relaciones basadas en la paz y la equidad, felicidad), equivale en la existencia humana a aquello que representa el oxígeno para los pulmones, se llega a la conclusión de que la expansión cuantitativa y cualitativa de ese tipo de amor social puede significar un verdadero y progresivo desarrollo evolutivo en la vida de la humanidad. No parece exagerado afirmar, en efecto, que solo un amor de naturaleza agápica puede marcar un antes y un después en la emergencia de un modelo de humanidad genuinamente humano e infinitamente más acorde con los recursos de crecimiento que el ser humano posee.

Leyendo las distintas contribuciones, tanto de tipo doctrinal como las audaces operaciones puestas en marcha en distintos contextos geográficos, se advierte que el camino apenas acaba de iniciarse. La misma definición sociológica que se ofrece de ágape permite verificar esta aseveración, desde el momento que comienza remitiendo a la conocida tríada weberiana *acción-rela-*

*ción-interacción*. Los artículos de semblante sociológico de este volumen se han centrado, sobre todo, en el primer aspecto, es decir la *acción*: qué significa, cómo se desarrolla, qué efectos produce la iniciativa agápica «a partir de» una persona, un sector social, una institución, una cultura, cuando es llevada a cabo sin cálculos interesados y sin pretensión de correspondencia, restitución o reciprocidad positiva.

Ahora bien, ¿qué ocurre si, como sucede a menudo con el ágape más que con ninguna otra expresión humana, una acción agápica se vuelve contagiosa, produciendo una «contaminación» o reacción constructiva, provocando, en definitiva, un efecto similar de retorno? Se abre aquí ante nosotros un hondo abismo de posibilidades inmensas por explorar. Porque lo que sucede en este caso no es solo la suma de variadas iniciativas agápicas; antes bien, surge ante nuestros ojos una realidad social «nueva», que contiene y abraza en su seno todas esas apuestas de talante agápico, pero el efecto que se desencadena es «otro», «superior», y normalmente suele ser mucho más amplio, eficaz, duradero, multiplicador.

Por otro lado, en esta reciprocidad agápica ¿dónde queda la *interacción*, cuál es el factor que puede hacer explícito ese tercer miembro de la tríada? Es sabido que el amor es la realidad que mayor capacidad de agregación posee. Pero hay un tipo de amor recíproco y unitivo que todavía da un paso más adelante: hablamos de un amor en el que cada una de las realidades que entran en relación vive para que la otra pueda llegar a ser plenamente sí misma, encontrando en ello un crecimiento de su personalidad, de su identidad y realización.

Recapitulando, pues, el amor agápico que es objeto del análisis del libro no consiste meramente en un amor unilateral (que en cualquier caso es siempre necesario –obviamente– porque sin él no se llega a hacer explícito el ágape a nivel social); ni siquiera se trata de una relación recíproca que incrementa y enriquece la cualidad de ese amor que ha sabido tomar la iniciativa sin pretender la reciprocidad; la intuición novedosa del volumen pone sobre la mesa, antes bien, una lógica y una relación social de compenetración dinámica, que agrega sin sometimiento, sin uniformidad ni búsqueda de equiparación, al contrario, realzando y realizando lo mejor de la identidad y de las posibilidades de cada uno de los interlocutores, sean estos individuos o realidades colectivas.

Tal estilo de reciprocidad no «añade» algo, sería más adecuado decir que saca a relucir las mejores virtualidades relacionales contenidas en la socialidad humana. Es una socialización que «personaliza». Mostrar aquello que acontece

en los vínculos humanos a todos los niveles, y a través de los comportamientos concretos que entran en juego cuando se opta por hacer espacio al ágape, permite concebir esperanza en un futuro marcado por un renovado arrojo y por una lucidez sociológica para la humanidad, anclada en la conciencia del singular valor social del ágape. Esta nueva configuración de los intercambios y relaciones entre los pueblos podría abrir horizontes tal vez impredecibles con eficaces y sorprendentes implicaciones sociales, un augurio que no podemos dejar de formular en virtud de la contribución que ya se está ofreciendo y en virtud de las oportunidades enormes de consolidación fraterna a través de los caminos por los que estamos comenzando a transitar.

Este pequeño libro se lee con gusto, es como un soplo de aire limpio que regenera y purifica los pulmones mientras invita a soñar. El lector avezado, al terminar de leer sus páginas, habrá sabido captar entre líneas una gran sintonía con la línea de pensamiento y de vida que el papa Francisco ha querido suscitar en la iglesia y en la humanidad en su conjunto por medio de su reciente carta encíclica *Fratelli tutti*. Daría la impresión enteramente de que este volumen quiere ser una contribución propositiva para favorecer y potenciar esta atrevida y profética invitación lanzada por Francisco.

Como en una ópera, en la obertura de la encíclica resuenan ya todos los temas que se afrontarán en los distintos capítulos. Tal como se puede fácilmente constatar a través de su lectura, son muchos los ecos que despierta un análisis pormenorizado de lo que el ágape representa, pues nos remite a distintos pasajes del documento y facilita y promueve una más profunda comprensión del anhelo que Francisco ha plasmado en sus iluminadas páginas.

«"Fratelli tutti", escribía san Francisco de Asís para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio. De esos consejos quiero destacar uno donde invita a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio. Allí declara feliz a quien ame al otro "tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él". Con estas pocas y sencillas palabras expresó lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite.

[...] Él no hacía la guerra dialéctica imponiendo doctrinas, sino que comunicaba el amor de Dios. Había entendido que "Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios" (1 Jn 4,16). De ese modo fue un padre

fecundo que despertó el sueño de una sociedad fraterna, porque “solo el hombre que acepta acercarse a otros seres en su movimiento propio, no para retenerlos en el suyo, sino para ayudarles a ser más ellos mismos, se hace realmente padre”.

[...] Las siguientes páginas no pretenden resumir la doctrina sobre el amor fraterno, sino detenerse en su dimensión universal, en su apertura a todos. Entrego esta encíclica social como un humilde aporte a la reflexión para que, frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras. Si bien la escribí desde mis convicciones cristianas, que me alientan y me nutren, he procurado hacerlo de tal manera que la reflexión se abra al diálogo con todas las personas de buena voluntad<sup>1</sup>.

Con estas palabras presenta Francisco la encíclica. Esta quiere ser instrumento de diálogo con toda la humanidad en torno al tema que, sin duda, más nos incumbe a todos: el amor fraterno, habida cuenta que en él se basa la paz, la igualdad de los pueblos y el verdadero progreso de la sociedad. No tengo duda que una atenta lectura de «Ágape y sistemas sociales» contribuirá a esclarecer y vivenciar numerosos y fructíferos matices de la encíclica.

---

<sup>1</sup> FRANCISCO, *Carta Encíclica Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 1- 6